SACRAMENTO DEL HERMANO

Todo el mensaje de Cristo es destruir barreras, trascender el instinto del hombre caído para abrirlo a la presencia de Cristo y HACER ED SU HERMANO UN SACRAMENTO.

¿Qué es, efectivamente, un sacramento? Es un acto del Espíritu Santo que hace a Cristo presente, conforme a su promesa. Hay siempre un lazo personal entre las Personas divinas y nosotros: en el bautismo, el Espíritu Santo nos injerta en Cristo para llegar a ser una misma planta con él; en la Eucaristía, llegamos a ser un mismo Cuerpo con él; en la confirmación, recibimos el don del Espíritu que va a transformarnos en

Cristo; por la penitencia, entramos en este Cuerpo si hemos saludo de él; por el aceite santo, volvemos a ser un miembro sano y santo si hemos estado enfermos; por el matrimonio, es en la pareja, en la iglesia familiar en donde Cristo se hace presente; en la ordenación, es la articulación del Cuerpo de Cristo el que se constituye. En todos estos casos, hay siempre, por la acción del Espíritu Santo, edificación del Cuerpo de Cristo y la relación personal entre el fiel y las Personas de la Divina Trinidad.

Así, los sacramentos son tiempos fuertes y privilegiados en nuestra relación con Cristo. No son acontecimientos momentáneos ; así, la duración del sacramento del matrimonio no se limita a la de la ceremonia, la cual no hace nada más que inaugurar el sacramento que es la presencia de Cristo en la vida de la pareja.

La celebración del sacramento es el tiempo fuerte, el momento evidente de una relación, que se extiende a toda la vida, entre nosotros y el Señor. Poco importa desde entonces el número de sacramentos, pues hay sólo uno: el de la Presencia del Verbo divino entre los fieles, de Emmanuel (« Dios con nosotros») en medio de su

Iglesia, del Dios presente en su Cuerpo en medio de nosotros.

Es en este sentido como podemos hablar con justo título del ***SACRAMENTO DEL HERMANO*** : EL DESCUBRIMIENTO POR EL ESPÍRITU SANTO DE LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL OTRO.

Dos textos del Nuevo Testamento subrayan el sentido y la importancia. Ante todo, la parábola del Juicio final ya citado (Mt 25, 31-36) : « Tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, [...] era extranjero y me acogiste. » Dicho de otro modo, el Señor presente y oculto en cada enfermo, en cada extranjero, en cada persona que tiene hambre, en cada hombre encarcelado. Luego, la parábola del buen samaritano, que cambia los papeles y en el fondo el mismo sentido. El samaritano, es decir el extranjero – el herético mismo – baja de su caballo, derrama aceite y vino en sus llegas de herido, lo lleva y lo confía a un posadero con estas palabras: « LO que gastes de más, te lo daré a mi vuelta » (Lc 10, 35).

Con estas palabras, reconocemos al Señor Jesús mismo que cuida al hombre asaltado por bandidos que son los demonios. Después de haber cuidado al herido con el aceite santo, con el vino de la Eucaristía, lo lleva a la posada, lo confía a la Iglesia esperando su vuelta. El que visita al herido representa a Cristo, mientras que en Mateo, Cristo se oculta en el herido.

En los dos casos al cuidar del enfermo, entramos en comunión con Cristo. En los dos casos. Hay un sacramento, puesto que está la presencia de Cristo.

¿Pero dónde está la acción del Espíritu Santo? El Espíritu Santo es Aquel que, en esos casos, nos hace descubrir la presencia de Cristo en el otro. Voy quizá molestaros, pero creo ser estrictamente ortodoxo al decir que recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo ante el altar y recibir en su mesa familiar a un parado argelino, son dos actos de la misma naturaleza.

En cada vez, se trata del único sacramento, de la presencia de Cristo en este mundo, mediante la operación del Espíritu Santo.

¿Cuál es el lazo que une el sacramento del altar y el sacramento del hermano? Con motivo de la celebración de la Divina liturgia, antes de recitar el Credo, decimos: « Amémonos unos a otros para que, en un mismo espíritu, confesemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Trinidad consubstantial e indivisible. » La primera parte de la frase se sitúa en el plano de la relación de amor ENTRE LOS HERMANOS; sin esta relación, no puede haber confesión del misterio trinitario.

Así, el acto del espíritu que confiesa la Trinidad y los lazos del corazón que reúnen a los fieles en el amor son absolutamente complementarios. No podemos confesar el misterio de la Trinidad sin una experiencia, al menos relativa, DEL AMOR DEL HERMANO ; si no, estamos en la mentira y la hipocresía. Tocamos ahí el nudo de la liturgia: el beso de paz es esencial en la comunión.

NIO SE TRATA DE UN AMOR SENTIMENTAL; el amor como preludio de la fe trinitaria es una realidad mucho más profunda que el sentimiento.

Retomamos los dos polos del mensaje de Jesús cogiendo los textos fundamentales del Antiguo Testamento: EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DEL HERMANO: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con todo tu espíritu » y « amarás a tu prójimo como a ti mismo » (Lc 10,27).

Cristo resume estos dos mandamientos en uno solo. ASÍ, NO PODEMOS SEPARAR SIN HEREJÍA, EN EL SENTIDO MÁS FUERTE DE LA PALABRA, **LA DOMENSIÓN VERTICAL Y LA DIMENSIÓN HORIZONTAL**, **EL SACRAMENTO DEL ALTAR DEL SACRAMENTO DEL HERMANO**.

Toda dicotomía entre estos dos dimensiones es una verdadera esquizofrenia.

AL DESCUIDAR EL SACRAMENTO DEL HERMANO, SE LLEGA AL RITUALISMO A UNA ESPECIE DE ASCTISMO LITÚRGICO. *LA LITURGIA LLEGA A SER UN REFUGIO, UN MOMENTO DE RECOGIMIENTO: TODO ES BELLO, SE ENCUENTRA EN EL CIELO*, ***LUEGO HACEMOS COMO LOS OTROS, COMO EL MUNDO EL SACRAMENTO DEL ALTAR SIN EL SACRAMENTO DEL HERMANO ABOCA A UNA BLASFEMIA PERMANENTE***. A la inversa, el sacramento del altar lleva al mismo resultado, pues no tarde en desazonar, en degenerar en activismo: NO SE REPARA, SE OLVIDA QUE EL HERMANO ES LA IMAGEN DE DIOS, Y EL SERVICIO DEL HERMANO SE CONVIERTE EN UNA LEGISLACIÓN SOCIAL. DESDE QUE SE SEPARA EL SACRAMENTO DEL ALTAR DEL SACRAMENTO DEL HERMANO, ES EL MALIGNO EL QUE ENCUENTRA SU SEDE Y SU CUENTA.